

EL NUEVO PUNTO DE INFLEXIÓN: JULIÁN MARÍAS

Mons. Marcelo Sánchez Sorondo^a

§1. INTRODUCCIÓN

En uno de sus últimos libros, *Sobre el Cristianismo*, el querido Julián Marías planteaba de nuevo una antigua y profunda convicción suya: la filosofía del siglo XX es la más apta para entender y expresar la visión de la realidad presente en el cristianismo. Luego, para él, la filosofía contemporánea es capaz de ofrecer una interpretación intelectual de la revelación y de develar del mejor modo el horizonte cristiano a la historia y al inmediato futuro.

Desde el inicio del siglo pasado, en el campo filosófico se ha llegado, si bien por caminos diversos, aunque convergentes, a un punto de inflexión fundamental, caracterizado por un mayor respeto de la realidad en general y del ser humano en particular, por un retorno a las preguntas radicales –sin las cuales la filosofía no es tal–, por una superación de la realidad pensada como “cosa”, o sea un tentativo de pensar la vida humana y la persona a partir de sus actos. En fin, aunque solo en ciertas formas de pensamiento, se ha producido también un nuevo modo de utilizar la razón que es el de la “razón vital” y la “razón histórica”. En su ensayo *Razón de la filosofía*, Marías habla detalladamente de esta nueva fase de la filosofía. Se puede afirmar que los nombres de Brentano, Dilthey, Husserl,

^a Canciller de la Academia Pontificia de las Ciencias Sociales.

E-mail: vati332@acdscience.va



Heidegger, Unamuno, Scheler, Ortega, Marcel, James, Ricoeur, Fabro, y algunos más, muestran –no obstante sus diferencias y discrepancias– una comunión de propósitos hacia un re-pensamiento del sentido profundo de la filosofía, hacia una re-visitación de los grandes clásicos, y hacia una apreciación más consistente de la realidad y del hombre concreto.

§2. EL PUNTO DE INFLEXIÓN

Un destino histórico –la casi constante desatención por lo que es español y latinoamericano– ha hecho que, paradójicamente, haya tenido menor resonancia la contribución portante de tal decisiva renovación. Naturalmente, para Marías, el mencionado “punto de inflexión” ha comenzado en 1914 con *Meditaciones del Quijote*, la obra del gran filósofo español Ortega y Gasset centrada en una marcada atención por la vida humana, sobre la esencial conexión entre el yo y el mundo (“yo soy yo y mi circunstancia”), sobre la idea de verdad como *alétheia* y, sobre todo, sobre la inseparabilidad entre la razón y la vida en esa noción sintética acuñada por Ortega de “razón vital”. Todas estas ideas que han tenido su primera aparición en 1914, celebrando este año justamente los cien años, han sido el germen de un movimiento filosófico excepcionalmente intenso –aunque en raras ocasiones adecuadamente reconocido–, que ha sido fuente de inspiración y de temática del documento magisterial más importante en este campo, la *Fides et ratio*.

La radicalidad de tal inflexión filosófica, típica de la escuela de Madrid –de la cual Marías fue uno de sus más insignes protagonistas–, es tal vez la más clara de las que se encuentran en la mayor parte de las filosofías contemporáneas. En muchas de estas, aunque beneméritas, se conserva un resto de idealismo, o de irracionalismo, o bien una excesiva dependencia del trascendental kantiano, o, en fin, una modulación formalista debido a una fuerte influencia de la escolástica barroca que ha impedido la plena comprensión de la persona, de su ser y de su operar privilegiado. Recuérdese, por ejemplo, la noción de ser como género supremo, situada en las antípodas de la auténtica noción de ser como *actus essendi*, que es el fundamento metafísico de la noción de persona; o piénsese también en la noción de libertad como espontaneidad del intelecto, que es lo contrario de la libertad como esencia del espíritu, que constituye el genuino sentido dinámico de la persona.



Pues bien, en este ensayo sobre el Cristianismo, Marías dedica dos capítulos muy delicados a la defensa de su maestro, luego colega de la Escuela de Madrid, además de amigo del alma, al filósofo Manuel García Morente, convertido durante la Guerra Civil y consagrado sacerdote, ejemplo de testigo sufriente de la búsqueda de la verdad. La peroración de Marías, nacida en respuesta a los ataques contra García Morente por parte de una escolástica decadente incapaz de dar respuesta a los problemas reales, sostiene, con impasible *vis polémica*, la originalidad potente y cristiana de la filosofía del ejemplar sacerdote.

§3. LA CONCEPCIÓN DEL HOMBRE *IMAGO DEI* EN MARÍAS

Para acercarse –desde la filosofía– a la visión cristiana de la realidad, Marías, en este ensayo, intenta reelaborar las categorías y conceptos que respondan de la manera más adecuada a la concepción del hombre *imago Dei*. Esto significa para el filósofo español, el carácter “nunca terminado” o “nunca cumplido” del ser humano como “indefinición” (imagen finita de una realidad infinita), o mejor aún, como condición primariamente amorosa del hombre y de la mujer, imágenes de Dios, porque Dios es amor.

Importantes, en esta óptica, son los primeros capítulos sobre el cristianismo como religión y como realidad humana. Hoy en día la conciencia del misterio, la admiración y gratitud a Dios Creador, se han debilitado de una manera increíble. Un paso más consiste en obnubilar la visión de Dios como Padre. Más aún, incluso el poder de Dios despierta sospechas. Por no hablar de lo que sucede en relación con el sentido religioso de la Trinidad, tan completamente eclipsado de no ser detectable en la mención puramente nominal de las tres personas. La visión de Dios como Padre, Hijo y Espíritu Santo, sin embargo, ha introducido la personalización de la religión y la noción de relación libre y, por lo tanto, las perlas de la filosofía cristiana que son la noción de persona y de libertad, no conocidas por ninguna filosofía precedente, ni oriental, ni griega, ni romana. Desde el punto de vista del cristianismo en su significado religioso, por lo tanto, hoy más que nunca, estamos llamados a recomenzar desde este núcleo, o sea desde el misterio de la Trinidad, desde la Encarnación y desde Pentecostés o la presencia del Espíritu Santo en la historia. La palabra teología debe tener su referencia primaria en Dios. En Dios, uno y trino, usando la recta razón, se deben encontrar



las llaves últimas para resolver las cuestiones que agobian a los seres humanos de hoy. Pero además, desde la Trinidad, se puede proyectar el cristianismo hacia otros niveles, que no solo no le son ajenos, sino que le pueden ser incluso esenciales. Un Cristianismo, entonces, entendido como religión en su sentido más pleno, capaz de interpretar el mundo desde una perspectiva religiosa inclusiva y universal; sin esta el Cristianismo resulta estéril, ineficaz y carente de interés. Un Cristianismo puramente auto-referencial y secularizado es incapaz de solicitar al hombre de hoy.

En *Antropología metafísica* (1970), cuyo subtítulo significativo es “La estructura empírica de la vida humana”, Marías es ya capaz de formular categorías y conceptos encaminados a comprender la realidad “proyectiva”, dramática y rigurosamente personal del ser humano, que es el conjunto de las estructuras en las que se realiza efectivamente la “vida personal”, o biográfica, en la única forma en la que se presenta a nuestra experiencia. El ser humano, así, es un animal que posee una vida humana. Es “alguien” corporal, no “algo”; es corpóreo, no “tiene” un cuerpo, ni “es” un cuerpo. Tiene una condición sexuada y no meramente sexual: hombre y mujer, disyunción polar recíproca. Si la razón es vital, dado que hay dos géneros de vida humana, debe haber dos géneros de razón: masculina y femenina.

Nociones como instalación y vector –inseparables de instalación vectorial propia de la vida humana–, la sensibilidad como transparencia, que pone al yo en presencia del mundo y lo refiere a sí, la condición amorosa del hombre y de la mujer, la función del riesgo en la vida humana, la libertad necesaria e irrenunciable, incluida su continua exposición a dicho riesgo, son todas nociones que permiten re-proponer en este ensayo sobre el Cristianismo, con rigor, los problemas radicales del *status* del ser humano hoy, de formular en modo nuevo y atendible las preguntas a las que el pensamiento contemporáneo no puede, ni debe, renunciar si todavía aspira a ser filosofía, como sostiene también oportunamente la Encíclica *Fides et ratio*.

§4. LA CUESTIÓN DE LA MUERTE

No último y no menos importante, esta perspectiva de Marías lleva a afrontar la cuestión decisiva de la muerte, de su inevitabilidad y de la posibilidad de



supervivencia más allá de esta, que hoy para grandes multitudes de personas, y para gran parte de la filosofía contemporánea, se ha disipado y no se la quiere ni pensar, ni hablar, ni plantear.

El ser humano, como estructura empírica es una estructura cerrada, que concluye en la muerte; no solo es mortal, sino también *moriturus* —como decían los romanos—: destinado a morir, o mejor siempre muriente, o que está muriendo mientras está viviendo. Sin embargo, desde la perspectiva de la vida personal, que es “proyectiva”, o sea compuesta de anticipación y de futuro (“futurizo” como “enamorado”, dice sugestivamente Marías), no hay ninguna razón por la cual el hombre deba dejar de proyectar; al contrario, la *projectualidad* humana postula la inmortalidad, la pervivencia bajo una forma diversa que se puede (y, para la filosofía cristiana, se debe) también imaginar y pensar —al menos cuanto necesario para poder desear la otra vida—. No se trata de un falso pasaje del deseo al ser, sino de lo contrario, porque es así el ser, porque lo exige el ser, se hace vivo el deseo: se pasa desde los actos que trascienden la estructura empírica, como el entender, querer, amar, proyectar, al ser absoluto de cada persona que el deseo insaciable de bien manifiesta. En clima realista, Santo Tomás de Aquino anticipa a Julián Marías: “Sensus autem non cognoscit esse nisi sub hic et nunc. Sed intellectus apprehendit esse absolute et secundum omne tempus. Unde omne habens intellectum, naturaliter desiderat esse semper” (*S. Th.*, I, q. 75, art.6 resp.)¹.

Heidegger, en cambio, para Marías, insiste demasiado en la mortalidad con la idea de *Sein zum Tode*, o “ser para la muerte” o mejor “estar para morir”. El hecho de que la vida termina con la muerte, y de que la muerte es cierta, no significa que nosotros vivamos para la muerte, ni que la muerte sea lo definitivo, ni la última palabra de la vida. Tampoco se trata de una vida ulterior fuera de nosotros mismos y en la memoria de la realidad absoluta, como si se tratara de una idea o recuerdo en la mente de Dios (Spinoza, Ricoeur) o en el todo de una única realidad, o bien de un modo iluminista en el recuerdo de la historia de los hombres, como cuando damos el atributo de “inmortales” a los académicos de Francia. Por el contrario, se trata más bien de algo personal: si el punto de partida es justamente la realidad abierta a la escatología personal, el punto de llegada no

¹ “Y los sentidos no conocen más que lo actualmente existente y presente al sentido, mientras que el entendimiento conoce la existencia en absoluto y abstrayendo del tiempo. Por eso, todo el que posee entendimiento desea naturalmente existir siempre”.



puede ser sino la plenitud de esa misma realidad personal. Porque yo no soy mi cuerpo –aunque sea corpóreo–, a la destrucción somática de mi cuerpo no puede seguirle la destrucción de mi personalidad. Para que perviva mi persona no es suficiente que ella sea un recuerdo en la mente de Dios o un recuerdo en la historia de los seres humanos, o un recuerdo en la mente de aquellos muchos o pocos que nos han querido. Esta pérdida o remoción de la *meditatio mortis* de platónica memoria es lo que más ha debilitado la esperanza de otra vida. Las más de las veces se la admite, o se la tolera –incluso por parte de los cristianos– tibiamente, pero nadie tiene el coraje de imaginar la otra vida, de afrontar este que es el desafío esencial de cada persona con todas sus consecuencias. Así, esta expectativa del Credo que recita *expecto resurrectionem mortuorum et vitam venturi speculi* se va alejando hasta no verla ni siquiera en el límite del horizonte contemporáneo, hasta casi desaparecer por completo.

En cambio, para Marías, esta perspectiva de “ulterioridad” o de apertura escatológica propia de la vida de todo ser humano puede reabrir horizontes adecuados para la investigación sobre un tema que, replanteado como central por la modernidad, sin embargo, se escapa siempre de su alcance, a pesar de los varios intentos de resolución en términos de “yo trascendental”, o de absolutización de la conciencia o autoconciencia, o de su abajamiento o humillación, o bien de la ideologización de la humanidad incluso en su configuración de clase obrera. En todos estos intentos la persona escapa siempre y de todos modos. En este sentido, Marías critica incluso la fenomenología, no solo por la impracticable *epojé*, sino también por la reducción de la realidad a intencionalidad que, por tanto, elimina toda “tesis” (*setzend*) llegando incluso a dudar de la existencia del mundo: así, también aquí se re-propone el traicionero reemerger de la sustantivación de la conciencia respecto de la realidad.

§5. LA PERSONA COMO VIVIENTE ABSOLUTO POR PARTICIPACIÓN

Partiendo de este punto nuevo de inflexión, o sea desde la persona como yo o sí mismo viviente absoluto por participación, resulta posible –o mejor necesaria– la pregunta por Dios y consecuentemente por la realidad creada del ser humano, y la reflexión sobre la dificultad teórica ni resuelta ni resoluble, que presenta la suspensión o separación de Dios del horizonte teórico, también para una



comprensión del ser humano. Por ello, para Marías el ateísmo de Sartre no es coherente y, de hecho, el último Sartre no lo esconde cuando, antes de morir, declara “Infra-hombres no desesperéis”. Pero para Marías el existencialismo está en fase silente, mientras la nueva ola filosófica está inscrita en otro tipo de filosofía fundada sobre el análisis del lenguaje y sobre la epistemología, definidas desde un positivismo extremo y casi reducidas, sobre todo en Inglaterra, al análisis del lenguaje y al “relativismo relativo”, como ellos mismos suelen auto-definirse. Como es conocido, estas filosofías no son ateas en el sentido de afirmar que Dios no existe, aunque también las hay. Las más de las veces afirman algo anterior, precedente, y que en algún sentido es más grave: que la frase “Dios existe” está privada de sentido, es una frase sin sentido. Según Marías esta es la forma más frecuente del ateísmo actual, al menos en Europa. Ahora, como ya decía Aristóteles, el filósofo que niega cualquier resultado no empíricamente verificable está postulando él mismo la contradicción de un resultado no empíricamente verificable. Además, aunque la filosofía dé la espalda a su cuestión principal, no por ello tal problema dejará de existir. Sucede, más bien al contrario, que es la filosofía la que pierde su condición fundamental: la de la radicalidad. No es que la filosofía tenga que ser radical o profunda, sino que esta consiste en serlo, en andar a la raíz de lo existente; sin el paso desde el fenómeno al fundamento —como postula la *Fides et ratio*—, desaparece el carácter filosófico de la filosofía: este es el precio de la simplificación *fisicista* o de la reducción “empirista” de la realidad. El último Unamuno, aquel viejo ciudadano honorario que actuaba en Salamanca, recordaba siempre que la única cuestión es saber si se deberá morir definitivamente o no: “Y si no muero ¿qué será de mí? Y si muero, entonces nada tiene más sentido” (Unamuno, 1913: cap. 2)². A fin de que algo tenga importancia, es necesario que la tenga siempre, de otro modo, ya, no la tiene más.

§6. EL ABORTO

Por ello, para Marías, es una negación de la condición personal también la práctica creciente del aborto y su aceptación social y legal, tan terriblemente extendida, que representa el máximo desprecio por la vida humana que la historia

² Cito siguiendo la edición de 1982, de Espasa-Calpe (Madrid).



haya conocido nunca. También aquí se trata de la distinción entre cosa y persona, entre algo y alguien, entre nada y nadie. El nacimiento de un niño o niña es una radical innovación en y de la realidad: es el aparecer desde la nada de un ser absoluto nuevo. Lo que es el naciente o *nasciturus* puede explicarse por sus genitores y por el mundo, y también por el oxígeno, el nitrógeno, el carbono, el calcio, el fósforo y por los alrededor de 30.000 genes que intervienen en la composición del organismo y en su pieza maestra que es el cerebro; pero, el *nasciturus* no es solo lo que es física y biológicamente hablando. Él es alguien. No un qué, sino un quién, alguien a quien decir tú y que él mismo dirá a su tiempo, dentro de no mucho, “yo soy”. Este quien –que es absolutamente un nuevo ser y no solo un nuevo individuo de una especie– no es reducible a nada o a nadie, ni tampoco a sus genes o a los de sus padres, y ni siquiera a Dios mismo. Y es tan diverso de cualquier otro que dos gemelos monocigóticos, biológicamente indistinguibles, y que podemos suponer idénticos, son absolutamente diversos entre sí, y cada uno lo es de todo el resto. El núcleo del tema del aborto es una vez más la negación del carácter personal del ser humano.

Ante el hecho social más grave que ocurre en nuestros días, o sea el del aborto, Marías (2009) se pregunta:

¿No estará en curso un proceso de “despersonalización”, es decir, de “deshomnización” del hombre y de la mujer, las dos formas irreductibles, mutuamente necesarias, en que se realiza la vida humana? Si las relaciones de maternidad y paternidad quedan abolidas, si la relación entre los padres queda reducida a una mera función biológica sin perduración más allá del acto de generación, sin ninguna significación personal entre las tres personas implicadas, ¿qué queda de humano en todo ello? Y si esto se impone y generaliza, si a finales del siglo XX la Humanidad vive de acuerdo con esos principios, ¿no habrá comprometido –quién sabe hasta cuándo– esa misma condición humana? Por esto me parece que la aceptación social del aborto es, sin excepción, lo más grave que ha acontecido en este siglo que se va acercando a su final.

§7. LAS CONSIDERACIONES DE MARÍAS ACERCA DEL PAPADO

En estas reflexiones sobre el Cristianismo, Marías realiza bellas consideraciones acerca de los Papas de nuestro tiempo que ha conocido personalmente: el



gran Pío XI, que renovó la Pontificia Academia de las Ciencias e inició el diálogo con la modernidad; luego, Pío XII, el Papa del año santo de 1950 que preparó la Iglesia para el Concilio; más tarde, el Papa bueno, es decir San Juan XXIII, que inició el Concilio Vaticano II, y Pablo VI, que lo orientó con singular sabiduría y viajó por los cinco continentes para anunciar el Evangelio; finalmente, Juan Pablo I y el Papa filósofo –tal vez el que más había estimado y conocido–: San Juan Pablo II. Papas todos ellos que han tenido que afrontar acontecimientos de relevancia enorme, con valencias también religiosas, como las dos guerras mundiales, los movimientos anticristianos –y hasta antirreligiosos– o ideologías muy extendidas como el nacionalsocialismo y el comunismo. Lo dicho nos da pie a preguntarnos qué hubiese dicho Marías del Papa alemán y del Papa latinoamericano de nuestros días.

Sin duda el Concilio Vaticano II ha sido un hecho de ideas y de cultura, amén que de Iglesia, trascendente y decisivo para la intensificación y el aumento del rigor del Cristianismo en puntos esenciales de su mensaje de salvación, o sea la difusión de la gracia de Jesucristo para todos los seres humanos en una cierta igualdad de oportunidades. El Concilio ha actualizado la Iglesia (*aggiornamento*) como quería San Juan XXIII, separando el Cristianismo de algunas contigüidades que eran fuente de turbamiento. Para Marías, San Juan Pablo II constituye en el mundo globalizado un esfuerzo sobrehumano para intentar mostrar el amor de Dios más allá de cualquier confín y, al mismo tiempo, para querer hacer respetar la justicia entre las Naciones y en las Naciones. Una exhortación para que no haya una ciencia que traicione al hombre que la ha creado, para que no haya un pueblo inferior a otro en la participación de los bienes y de los servicios y, también y sobre todo, en la participación de la nueva energía de la gracia divina.

En el análisis del Cristianismo son importantes también otras consideraciones como la de la fascinación universal de San Juan de la Cruz, uno de los mayores místicos españoles de todos los tiempos. Notable es la visión de Marías sobre la cristianización de América, recorrida desde sus inicios y en las grandes gestas de quienes fueron sus protagonistas. Un tema este de gran actualidad en el que Marías quisiera la unión de la América de origen hispánica y latina con aquella de origen anglosajón. No subordinación, ni dominio, sino mutua responsabilidad en la común misión de evangelizar el Pacífico. No se pierda de vista que, al igual que el escenario del mundo ha pasado del Mediterráneo al Atlántico, hoy está pasando del Atlántico al Pacífico. Es misión de América toda ser puente entre



ambos océanos para llevar junto con el comercio, el intercambio cultural y el Evangelio a una parte del mundo donde solo el tres por ciento es cristiano y, si no se cuenta con Filipinas, solo el uno por ciento frente a otras religiones milenarias y crecientes.

§8. LA REFLEXIÓN SOBRE EL MUNDO ISLÁMICO

No menos aguda es la reflexión sobre el Occidente y sobre el mundo islámico. Para Marías el Occidente es una realidad muy precisa, con tres raíces claras: la razón filosófica y científica –de origen principalmente griego–, el orden según autoridad y derecho –proveniente de Roma–, la religión Hebrea y Cristiana, personal, que considera a Dios como Padre y al ser humano como su imagen libre, llamado a participar de la vida divina. Los occidentales debemos, a partir de nuestra variedad humana, mirar a los otros y buscar su amistad y su prosperidad. Las actitudes irracionales y fanáticas, frutos del odio o del desprecio que incitan a la violencia, no deben ser aceptadas bajo ningún concepto, ni tanto menos premiadas. Al contrario, las actitudes que se fundan sobre la realidad y verdad de las cosas, sobre el deseo de colaboración, sobre un proyecto de realizar un mundo más justo, libre y próspero, deben ser aceptadas, cultivadas, favorecidas y apoyadas (incluso aunque debieran implicar algún sacrificio por parte de Occidente).

§9. EN CONCLUSIÓN

Este es el legado de un auténtico y prominente filósofo cristiano que medita sobre el Cristianismo al inicio del tercer milenio³. Es una reflexión filosófica que podría parangonarse a la Filosofía de la Historia de Hegel o, por muchas otras razones, también a las meditaciones de *Le paysan de la Garonne*, de otro filósofo católico, J. Maritain. Pero no es ni la exaltación de un pueblo, ni un canto me-

³ Consideraciones que no pueden tildarse de arbitrarias, porque el cristianismo es una religión histórica, que tiene su origen en el pleroma o plenitud de los tiempos, caracterizada por datos y hechos precisos, hasta el punto de incluir en el Credo el nombre histórico de Poncio Pilato.



lancólico, ni áspero, y, sobre todo, es una filosofía que *mira al futuro* –como es típico en el pensamiento de Marías–.

Es, en definitiva, una reflexión que nos estimula e incita, como la de San Pablo en los albores de nuestro evo, a despertarnos del sueño del secularismo y del nihilismo para estar con la consciencia intelectual y afectiva siempre vigilante. Es este el modo de realizar plenamente el proyecto cristiano: desde nuestras propias vidas y desde un nuevo inicio de milenio representado por no pocas problemáticas y por grandes desafíos.

La filosofía de Marías está integrada, en conclusión, por un conjunto de profundas meditaciones que constituyen un auténtico momento de gracia que no hay que dejar pasar.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aquino, T. (1999). Suma Teológica. Tomo III (2.º). *Tratado del hombre* (1 q. 75-102). *Tratado del gobierno del mundo* (1 q. 103-119). Madrid: BAC.
- Marías, J. (1970). *Antropología metafísica* (4.ª edición, Madrid: Alianza, 1987). Madrid: Revista de Occidente.
- Marías, J. (1993). *Razón de la filosofía*. Madrid: Alianza.
- Marías, J. (1997). *Sobre el cristianismo*. Barcelona: Planeta.
- Marías, J. (19 de marzo de 2009). La cuestión del aborto. *ABC*.
- Ortega y Gasset, J. (1914). *Meditaciones del Quijote* (Otras ediciones: Madrid: Alianza, 2014. reproducción del original). Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.
- Su Santidad Juan Pablo II (14 de septiembre de 1998). *Fides et ratio*. Roma.
- Unamuno, M. (1982). *Del sentimiento trágico de la vida. En los hombres y en los pueblos*. Madrid: Espasa-Calpe.

